«tervenga en la nuestra. ¿Quien puede pretender dictarnos leyes? «Recobrad esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en «Iena, en Montmirail. Los veteranos del ejército de Sambra y «Meusa, del Rin, de Italia, del Egipto, del Oeste, del Gran ejér«cito, humillados están... Acudid pues bajo las banderas de vues«tro gefe... La victoria marchará á pasos de gigante... El águila, «con sus colores nacionales, volará de torre en torre hasta la de «Nuestra Señora (1).»

Al dia siguiente de su llegada á las Tullerías, en medio de la agitacion de los espíritus que sigue á una noche de entusiasmo y embriaguez, reune la antigua guardia al rededor de su bandera; y le presenta sus denodados compañeros de la isla de Elba. ¡Qué gradacion, qué arte, qué delicadeza, qué habilidad oratoria en esta improvisacion!

«Soldados, aquí veis los oficiales del batallon que me han acom«pañado en mi desgracia, todos son amigos mios, todos caros «eran á mi corazon; cada vez que los veia me representaban los «diferentes regimientos del ejército. Sí, en estos seiscientos va«lientes, hay hombres de todos los regimientos, y todos me repre«sentaban esos dias admirables cuyo recuerdo es tan grato á mi «corazon, pues todos están cubiertos de honrosas cicatrices reci«bidas en memorables combates; y el amor que les profesaba «era la imágen del amor que á todos os profeso, soldados del «ejército francés... Ellos os traen estas águilas para que os sirvan «de punto de reunion; al darlas á la guardia las doy á todo el «ejército; la traicion y lo aciago de las circunstancias las habian «cubierto de un velo fúnebre; pero gracias al pueblo francés y á «vosotros vuelven á manifestarse resplandecientes en toda su glo«ria. Jurad que se hallarán siempre y por do quier las llame el «interés de la patria. ¡Que los traidores y los que piensan inva«dir nuestro territorio no puedan sostener sus miradas!»

Mucho habria que decir para describir todas las bellezas de situacion de que rebosa este fragmento.

Algunos dias despues, en el Campo de Marte, ya no habla de la gloria de los combates y la fidelidad de sus compañeros, sino pondera, exalta y acaricia en presencia del pueblo y Cuerpo legislativo, el gran sentimiento de la soberanía nacional.

«Emperador, Consul, Soldado, todo lo he recibido del pueblo,

(1) Iglesia metropolitana ó catedral de Paris. (N. del T.)

«y en la prosperidad, en la adversidad, en el campo de batalla, «en el consejo, en el trono, en el destierro, la Francia ha sido el «único y constante objeto de mis pensamientos y mis acciones. «Como ese rey de Atenas (1), me he sacrificado por mi pueblo, «con la esperanza de ver realizada la promesa dada de conservar «á la Francia su integridad nacional, su honor y sus derechos...»

Mas adelante exhorta á las Cámaras que olviden sus querellas ante la inminencia del peligro nacional.

«No imitemos el ejemplo del Bajo-Imperio, que, estrechado en «todas partes por los Bárbaros, llegó á ser el ludibrio de la pos«teridad, ocupándose de discusiones abstractas, mientras que el «ariete demolia las puertas de la ciudad... En los tiemps críticos «es cuando despliegan toda la energía de su carácter los grandes «estados y los grandes varones.»

Pronto aparece inopinadamente en medio de su ejército, y les recuerda que no debe asustarlo el número de sus enemigos, que tiene que vengar atroces injurias, que las naciones vecinas están impacientes de sacudir el yugo y combatir, unidas á la Francia, los mismos enemigos.

«¿Ellos y nosotros no somos acaso los mismos hombres? ¡Sol«dados! en Iena, contra esos mismos Prusianos, hoy tan arrogan«tes, erais uno contra dos, y en Montmirail, uno contra tres.

«Que os refieran, los que entre vosotros estuvieron prisioneros «en Inglaterra, lo que son sus pontones, y los males horrorosos «que sufrieron.

«Los Sajones, los Belgas, los Hanovrianos, los soldados de la «Confederacion del Rin, gimen al verse obligados á prestar sus «brazos á príncipes enemigos de la justicia y de los derechos del «pueblo.»

Y cuando concluido está todo, cuando acaba de herirlo el rayo de Waterloo, ¡cuan patéticas son sus últimas palabras al ejército! ¡Cómo desaparece el emperador, el conquistador! Ya no se dirige á los soldados, sino á los patriotas, á los ciudadanos. Ya no

(1) Alude Napoleon á Codró, último rey de Atenas, célebre por su muerte heróica. Noticioso por el oráculo que, en la guerra suscitada por los Dorios á los Atenienses, seria vencedora la nacion cuyo rey pereceria, se sacrificó voluntariamente por su pueblo, arrojándose temerariamente en lo mas recio de la pelea. Los Atenienses juzgaron que ningun otro rey merecia empuñar el cetro despues de tan noble varon, y en consecuencia abolieron la monarquía. Codró reinó 22 años desde 1160 á 1138 antes de Jesucristo.

se califica, ya no se intitula su soberano, ni su general, sino Napoleon, su camarada, que de ellos se despide, que con ellos se confunde.

« Soldados, yo seguiré vuestros pasos; aunque ausente, á la « patria obedeciais al obedecerme, y si tengo alguna parte en « vuestra afeccion, la debo á mi ardiente amor por la Francia « nuestra madre comun. ¡Soldados! aun algunos esfuerzos, y no « tardará en disolverse la confederacion. Napoleon os reconocerá « á los golpes que vais á descargar. »

Ya no habia remedio: el *Belerofonte* fondeaba en las aguas de la Gran Bretaña. Napoleon fugitivo sube al buque con esa ingenua confianza de las almas desgraciadas, y á bordo del navío escribe al príncipe regente esta carta tan conocida por su noble sencillez:

« Alteza real,

« Víctima de las facciones que dividen mi pais y de la enemis- « tad de las mayores potencias de Europa, he terminado mi car- « rera política, y vengo como Temístocles á sentarme al hogar del » pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes que « reclamo de Vuestra Alteza real, como del mas poderoso, mas « constante y mas generoso de mis enemigos. »

Así debian proceder, así debian hablar los grandes ciudadanos de la antigüedad, cuando, designados por el ostracismo, y combatidos por las tempestades de su patria, iban á pedir á los extranjeros la hospitalidad del destierro.

Aun algunas palabras, lectores, pues no puedo menos de dejar con pesar los ínclitos varones vivos ó muertos, y quisiera que admiraseis hasta su fin.

En el seno de la isla que le servia de prision, su imaginacion pastando de lo pasado, lo transportaba al Egipto y al Oriente, y se iluminaba con los recuerdos brillantes de su juventud.

« Mas cuenta me hubiera tenido, decia golpeándose la frente, « no haber salido de Egipto. La Arabia espera un hombre; con los « Franceses en reserva y los Arabes y Egipcios como auxiliares, « hubiera conquistado la India, y seria hoy dia emperador del « Oriente. »

Otra vez insistiendo en esta misma idea decia:

« Una vez tomada la ciudad de San Juan de Acre, volaba el « ejército francés á Damasco y Alepo, y en un momento llegaba « al Eúfrates. Los cristianos de Siria, los Rusos, los Armenios, « acudido hubieran, y todas las poblaciones se hubieran conmo- « vido. Hubiera llegado á Constantinopla y las Indias, y cambiado « la faz del mundo. »

Despues, como si la libertad mas bella que el imperio del universo, hubiera arrojado á sus ojos una luz nueva, exclama: « Las « grandes y bellas verdades de la revolucion francesa serán eter- « nas, tanto realce, monumentos y prodigios han recibido de nues- « tras manos. Sí, nosotros lavamos sus primeras manchas en olas « de gloria. No, no pueden perecer las ideas de la revolucion. « Emanadas de la tribuna, cimentadas con la sangre de las bata- « llas, decoradas con laureles victoriosos, saludadas por las excla- « maciones de los pueblos, sancionadas por los tratados, no pue- « den retrogradar. Las ideas revolucionarias viven en la Gran-Bre- « taña, alumbran la América y estan nacionalizadas en Francia. « Nuestra patria es el trípode de que brotará la luz del mundo. »

Tambien acudia á su fantasía el recuerdo de su cuna natal, de esa isla que tan famosa habia vuelto:

« ¡Ah! decia, ¡qué recuerdos ha dejado en mí la Córcega! Aun « gozo de sus sitios, de sus montañas. Aun la piso y la reconozco « al olor que exhala. »

Continuamente flotaban ante sus ojos belicosas imágenes, en ese estado enfermizo, indeciso y delirante entre la vigilia y el sueño.

« Id, amigos, regresad á Europa, volved á ver á vuestras fami- « lias; yo volveré á ver mis valientes en los Campos-Elíseos. Sí, « Kleber, Desaix, Bessieres, Duroc, Ney, Murat, Massena, Ber- « thier, vendrán todos á mi encuentro; y al verme acudirán todos « rebosando de entusiasmo y de gloria. Hablaremos de nuestras « guerras con los Escipiones, los Anibales, los Césares, los Federi- « cos, á menos que allí, añadia con chiste, meta miedo el ver « tantos guerreros reunidos. »

En su delirio, se creia al frente del ejército de Italia, oia el redoble del tambor, y exclamaba: « Steingel, Desaix, Massena, id, « corred, cargad, que ya son nuestros. »

Unas veces hablaba alto y solo, otras dictaba á sus secretarios, y á menudo escribia en hojas volantes todos los pensamientos que manaban de su alma, demasiado llena para poderse contener:

« Nuevo Prometeo, atado estoy á una roca y un buitre roe mis « entrañas. Sí, yo habia arrebatado el fuego del cielo para dotar

«la Francia, mas el fuego remontó á su foco, y despojado me veo. «El amor de la gloria se asemeja á ese puente que arrojó Satanás «en el caos para pasar del infierno al paraiso. La gloria une el «pasado al porvenir del cual lo separa un abismo inmenso. Nada «dejo á mi hijo salvo mi nombre.»

En sus accesos de melancolía decia estas ú otras tales expresiones: «Que me entierren bajo los sauces cerca de este manan- «tial en que mana un agua tan dulce y pura.»

Pero no era este el último voto de su testamento, la última mirada que dirigia á su patria ausente, el último suspiro exhalado de esa alma inmensa:

«Deseo, decia, que mis cenizas reposen en las márgenes del «Sena, en medio del pueblo que tanto he amado.»

Tal es la inscripcion, la sola inscripcion que hubiera debido ponerse en las banderolas flotantes del bajel que lo condujo, en el pedestal de las columnas, y en los frontispicios de los arcos de triunfo que adornaban el camino que atravesó, en los paños morados del carro fúnebre, en las noventa y seis banderas de los departamentos, en el perístilo de los Inválidos y en el marmol del sepulcro.

Mientras mas desaparecerá este sepulcro en la sombra del tiempo, mas gloria emitirá á la posteridad. Los hombres extraordinarios son como la montaña, y su sombra nos parece tanto mas grande cuanto mas se alejan de nuestra vista, tanto mas grande cuanto mas aislada parece en los confines del horizonte.

Pero esforzémonos en prescindir de la ilusion de esa óptica falaz, y consideremos á Napoleon como los sabios de la posteridad.

Como hombre de estado tenia demasiado genio y ambicion para consentir á deponer el gobierno supremo y gobernar sometido á un poder cualquiera, Parlamento, Pueblo ó Rey.

Hombre de guerra, cayó del trono, no por haber querido restaurar la legitimidad, pues nadie en aquel entonces, amigo ó enemigo pensaba en la legitimidad; ni por haber ahogado la libertad, pues nadie tampoco pensaba en la libertad, sino por haber sucumbido en la guerra. Ni era ni podia ser un Monck ó un Washington, por una razon muy sencilla, porque era superior á todos los reyes y héroes, y se llamaba Napoleon.

Reinó como reinan todos los poderes, por la fuerza del principio; y pereció como todos los poderes de este mundo, por la violencia y abuso de su principio.

Superior á Alejandro, á Carlomagno, á Pedro I, á Federico II, como estos grandes personages dejó su nombre á su siglo. Su memoria universal vive bajo las tiendas del Arabe, y atraviesa, en las canoas de los salvages, los rios lejanos de la Oceanía.

El pueblo francés, que todo tan fácilmente lo olvida, solo conservó este nombre de una revolucion que trastornó completamente el mundo. Los soldados no hablan de otro capitan, y en ninguna otra imágen fijan sus ojos.

Cuando estalló la revolucion de Julio, la bandera cubierta de polvo que levantaban nuestros soldados-obreros, gefes improvisados de la insurreccion, era la bandera coronada con un águila francesa, la bandera de Iena, de Wagram, y no la de Jemmapes y Fleurus; la bandera que fue enarbolada en las torres de Lisboa, Viena, Berlin, Roma y Moscú, y no la que flotaba en la federacion del Campo de Marte; la bandera acribillada de balas en Waterloo; la bandera que abrazaba el Emperador en Fontainebleau, cuando se despidió de su antigua guardia; la bandera que en Santa Elena cubrió la frente del Emperador moribundo; en una palabra, la bandera de Napoleon.

Él solo, ese hombre sin igual, destruyó la ilusion popular anexa á la sangre de los reyes, la soberanía, la magestad y el poder; él solo realzó al pueblo y lo indujo á estimarse á sí mismo, mostrándole los reyes, hijos de reyes, á los piés de un rey hijo del pueblo; y los eclipsó de tal modo con su gloria, y los anonadó de tal manera con su grandeza, que si se toma uno de estos reyes ó emperadores muertos ó vivos, y se le acerca de este coloso, apenas se distingue: tan oscuros son y tan pequeños.

Detengámonos, pues me parece oir resonar una voz mas severa, y temo que la historia dirija tambien una acusacion en forma contra aquel para quien comienza la posteridad, y diga:

Napoleon destronó la soberanía del pueblo; de emperador de la república francesa, llegó á ser déspota; arrojó el peso de su espada en la balanza de la ley; encerró la libertad individual en las prisiones de Estado; sofocó la libertad de la prensa bajo las mordazas de la censura; violó la libertad del jurado; mantuvo bajo sus piés, en el abatimiento de la servidumbre, los tribunales, el Cuerpo legislativo y el Senado; despobló los talleres y los campos é inmoló lo mas selecto de las generaciones; injertó en el militarismo una nobleza nueva que hubiera llegado á ser pronto mas insoportable que la abatida, pues no hubiera tenido ni la misma

antigüedad ni los mismos prestigios; impuso impuestos arbitrarios; queria que no hubiese en el Imperio mas que una sola voz, la suya, y una sola ley, su voluntad. Nuestra capital, nuestras ciudades, nuestros ejércitos, nuestra marina, nuestros museos, nuestros magistrados, nuestros ciudadanos, llegaron á ser su capital, sus ciudades, sus ejércitos, sus flotas, sus palacios, sus museos, sus magistrados, sus vasallos; é incesantemente arrastró la nacion á los campos de batalla, en que no hemos dejado mas recuerdo que la insolencia de nuestras victorias, nuestros cadaveres y nuestro oro. Por último, despues de haber sitiado las fortalezas de Cadiz, despues de haber tenido en sus manos las llaves de Lisboa y Madrid, de Viena y Berlin, de Nápoles y Roma, despues de haber hecho temblar las calles de Moscú, bajo las ruedas de sus carros de artillería, ha dejado la Francia menos grande que la habia recibido, chorreando sangre de sus numerosas heridas, desmantelada, abierta, empobrecida y humillada.

¡Ah! si he admirado, demasiado tal vez, ese hombre extraordinario que hizo á mi pais tanto bien y tanto mal, cuya memoria será eternamente glorificada en los talleres y en las cabañas, y cuyo nombre popular se confundia en mi imaginacion con todas las prosperidades y todas las esperanzas de mi patria; si el orgullo de sus conquistas ha llenado de embriaguez mi corazon; si los rayos de su gloria han fascinado mis miradas juveniles; desde el momento en que inundó mi alma tu pura luz, ¡oh libertad hermosa! á tí sola he seguido, á tí sola abrazé, y jamás podrán soltarte mis brazos; jamás podrá borrarse de mi corazon tu imágen santa; libertad, sola pasion de los ánimos generosos, único tesoro digno de envidia, tú que prefieres á los hombres que pasan los principios que nunca cambian, y á la brutalidad de la fuerza los tesoros de su inteligencia; tú que eres la madre del órden y cuyos calumniadores quisieran cubrir del gorro encarnado de la anarquía; tú que consideras todos los ciudadanos como iguales y todos los hombres como hermanos; tú que no reconoces mas superioridad legal que la de los magistrados responsables, y mas superioridad moral que la virtud; tú que ves desfilar en tu presencia los imperios hereditarios como esas nubes que momentáneamente oscurecen la pureza de un cielo despejado; tú que brillas al través de los hierros del prisionero político; tú que medita el sabio, que reclama el esclavo, por que suspiran los sepulcros; tú que recorres la Europa conmoviendo las ciudades y los reinos por la fuerza y encanto de tu palabra; tú que en tu marcha triunfal verás caer las barreras de las aduanas, los tribunales secretos, las cárceles del Estado, los cadalsos, las aristocracias, los ejércitos permanentes, las censuras y los monopolios; tú que reunirás en confederacion las naciones diversas de lengua y costumbre, en nombre del mismo interés, en nombre de su independencia, dignidad, civilizacion, reposo y bienestar; tú que desprecias las falsas conquistas y las falsas grandezas, y que no bajastes del cielo para oprimir á la tierra sino para libertarla y embellecerla; tú que fecundas el comercio é inspiras las bellas artes; tú á quien no se puede servir sino con desinterés, ni amar sino con furor; tú que formas el primer latido del adolescente cuyo corazon inflamas, y que eres la invocacion sublime de los ancianos; tú, libertad, que, despues de haber hecho pedazos los hierros, conducirás los últimos esclavos con cantos de gloria y palmas en las manos, á los últimos funerales del despotismo.